

POR
Renato
Cisneros

UN DÍA ENTERO A BORDO DE UNA PATRULLA

Desde aquí te vigilo

■ Una unidad policial es un lugar de **ACCESO RESTRINGIDO** para el común de los civiles. Por lo general, a nadie le interesa pasar ahí mucho rato. A nadie, salvo a los periodistas.

■ Recorrimos Miraflores, Barranco, Surco y parte de Surquillo junto con los comisarios de cada distrito. Unos lidian contra los problemas de violencia familiar, otros buscan erradicar la droga.

FOTOS:
DANTE PIAGGIO

Desde el asiento posterior de un patrullero—lugar destinado a delincuentes y malhechores—la ciudad pasa por las ventanas sin apuro, como una película larga y lenta.

Aquí estamos el reportero gráfico Dante Piaggio y yo, en calidad de infiltrados, atestiguando de cerca cómo la policía se aburre o entretiene vigilando las calles. A diferencia de los dos agentes con quienes compartimos la cabina—y que lucen en el cinto sus enceradas pistolas Beretta de nueve milímetros—, nosotros vamos desarmados (o humildemente armados con una cámara y una libreta de apuntes).

Nuestro contacto, el coronel José Arturo Butrón, jefe de la división territorial policial Sur 1, dispone que el recorrido empiece en Barranco, continúe en Surco, se prolongue a Surquillo y acabe en Miraflores. El coronel—que vigila siete distritos y que cuenta con 11 comisarías, 75 patrulleros y 126 motos para esa labor—infla el pecho al referirse a los logros de su división. “Nosotros capturamos a 52 requisitorios cada semana. Por ejemplo, el nuevo comisario de San Borja agarró a tres bandas



“Hay patrulleros que cuentan con cámaras-testigo, que giran 360° y pueden grabar lo que ocurre dentro y fuera de la unidad”

de delincuentes en solo siete días”, dice Butrón, más que satisfecho.

OPERACIÓN BARRANCO

A las dos de la tarde de un jueves de octubre las avenidas y jirones de Barranco no son escenario de ningún crimen. Al volante de la camioneta KIA 2008 está el técnico de primera Daniel Huaranca (46) y de copiloto, el alférez Luis Cancela (24), quien maneja la radio, el altavoz y hace sonar la sirena para espantar a las combis que se inventan paraderos. “Uno sale en un patrullero esperando que pase algo. Si no, te aburres y paseas. Es como hacer turismo por el mismo sitio”, dice Cancela, sin darse mucha cuenta de la buena frase que acaba de soltar.

Recién en el límite de Barranco con Surco la cosa se pone tensa. Callecitas estrechas, casuchas apeñuscadas, caras largas. En la esquina en que coinciden el jirón Venegasy la calle Talana vemos un tumulto. Algo raro pasa. El alférez enciende la sirena. La camioneta se detiene, bajamos. Una señora, con pancartas y documentos en la mano, grita y se desespera, acusando a una mujer de haber secuestrado a su hijo. Un solidario grupo de vecinas la acompaña en su dolor. Una bola de curiosos y unos perros hambrientos completan el paisaje. El alférez Cancela habla con la señora, toma nota de sus quejas y le explica que no puede hacer nada, por tratarse de un asunto judicial. El barullo queda ahí nomás. El patrullero se pone nuevamente en marcha. Mientras bajamos al Circuito de Playas, el técnico Huaranca nos cuenta con lujo de detalles la que debe ser su mejor anécdota: la tarde del 2006 en que capturó al peligroso ‘Cojo’ Mame. El alférez Cancela—quien ya parece haber



“Tenemos problemas en Lince, con muchas pollerías de Risso que después de las 12 se convierten en discotecas”

escuchado la historia varias veces—se concentra en la música ochentera de Radio Oxígeno.

Después de un rato, cuando les pregunto por su relación con el Poder Judicial, ambos reniegan de los fiscales. “Cada vez que hay casos fuertes y mediáticos, los fiscales se apuran y aceleran el proceso, pero cuando los detenidos son anónimos, uy, ahí no sabes, se demoran cualquier cantidad”, critican.

En su oficina en la comisaría de Surco, el comandante Jorge Arista nos adelanta que su jurisdicción, Surco Viejo, es la más problemática de ese inmenso distrito. “Aquí hay mucha violencia familiar. Se desintegran los hogares y eso permite que haya delincuencia y drogadicción”, advierte el comisario, quien inmediatamente resalta la ruralidad que caracteriza el modus vivendi de los lugareños. “Aquí la gente se conoce, se ubica, camina por las calles, no por las veredas, igualito que en provincias”, dice.

Al momento del patrullaje recorremos Parque Alto y Parque Bajo. La primera es considerada zona roja y de alto riesgo, donde, por ejemplo, abundan fumones, vagos y barrabrujas. Uno de los técnicos cuenta que la policía trabaja en diversos programas de reinserción para los adolescentes, y nos habla de la Escuela

1) TRANQUI. El alférez Cancela se comunica con la base desde la unidad. Son las dos de la tarde de un jueves. Por la calle San Martín de Barranco, entrando a Pedro de Osma, todo está tranquilo.

2) APÓYAME. En Surco una mujer pide la ayuda de la policía. Su hijo pequeño acaba de desaparecer de la mano de una mujer. Uno de los oficiales baja del auto e interviene.

3) AGENTE, AGENTE. Un vecino de Miraflores se acerca a pedir información a la patrulla que está en uno de los 5 puestos de aproximación ciudadana que hay en el distrito.

4) DIOS ES MI COPILOTO. En algunas unidades hay un rosario de plástico que cuelga del espejo retrovisor.

5) UN POCO DE RELAX. Después de recorrer la calle por casi 12 horas, los policías toman un respiro. Aquí vemos uno de los ambientes de la recién inaugurada sala de juegos de la comisaría de Miraflores. Hasta un Plasma tienen.

6) EQUIPO COMPLETO. Además del arma, el policía que patrulla siempre lleva una radio y un juego de esposas.



la de Escobas, un taller que funciona desde el 2007 y que busca—mediante la elaboración de escobillones—alejar a los chicos de la pasta y la hierba. El trabajo es duro. En una esquina, por la zona de Malambito y Juan Pazos, una cuadrilla de veinteañeros (sin mucha pinta de querer ser reinsertados) se asusta y se dispersa apenas ve pasar al patrullero, perdiéndose en los escondrijos de la cuadra.

EL DELITO ES CALETA

El comisario de Miraflores, Héctor Bernal, se ajusta el kepi, se sube al patrullero 4x4 y—mitad en serio, mitad en broma—le dice al conductor de poblado mostacho: “Arranca, ‘Bigote’, vamos a luchar contra la delincuencia”.

Lo dice así, con una sonrisa, porque sabe muy bien que en Miraflores la delincuencia masiva no existe. Mientras avanza-

mos por las pacíficas calles José Pardo y Comandante Espinar, Bernal nos explica que los hambones que actúan en su distrito migran de Surquillo o San Juan de Miraflores y que perpetran sus asaltos en casas, adonde llegan en lujosos autos alquilados (bien en un Mercedes, en un BMW, o incluso en una Hammer).

“Hay puntos críticos, como el límite de Paseo de la República, donde están los paraderos y hay arrebatos de celulares o de cartetas, pero difícilmente se roban vehículos. En el 2008 se robaban 4 vehículos a la semana, ahora se roban uno”, asegura Bernal.

La patrulla recorre la actualmente tranquila calle La Mar, la todavía sucia Mendiburu, regresa a Pardo y se estaciona en uno de los cinco puntos de aproximación ciudadana que hay en el distrito y que funcionan como pequeñas comisarías móviles.

Luego Bernal retoma la explicación y nos dice que en Miraflores los delitos se cometen de modo discreto, caleta. El proxenetismo y la drogadicción son dos típicos: el primero se ejerce en elegantes departamentos; el segundo se ejecuta a través de la venta personal. “Aquí no hay comercio de droga, pero sí consumo, gracias a los ‘paseros’, que actúan en ‘delivery’, abasteciendo a sus clientes”.

El recorrido llega a su fin después de una breve visita a los lugares más feos de Surquillo. Llegamos a la comisaría de Miraflores y se abren las puertas de la patrulla. Dante Piaggio y yo descendemos. Traemos la cara cruzada por el hambre y el cansancio. Por eso no es raro que algunos peatones nos miren con desconfianza, como si fuésemos un par de laberintos que acabáramos de caer en una redada. ■